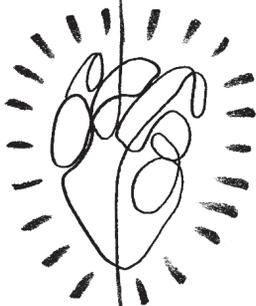


Química



Weike Wang

LAUREL





Química





QUÍMICA

Weike Wang

Traducción de Andrea Palet y Gabriela Palet





Epígrafo (*matemática, sustantivo*):
conjunto de todos los puntos situados
en o sobre el gráfico de una función





PRIMERA PARTE





Él le hace una pregunta a ella. Es una pregunta sobre matrimonio. Pregúntame de nuevo mañana, dice ella, y él responde: No funciona así.

El diamante ya no es el mineral más duro conocido por la humanidad. La *New Scientist* informa que es la lonsdaleíta. Es 58% más dura que el diamante y se forma únicamente cuando los meteoritos se estrellan contra la Tierra.



La compañera de laboratorio me dice que haga una lista de los pros y los contras.

Escríbelo todo, compruébalo tú misma.

Luego asiente, comprensiva, y me da una palmadita en el brazo.

La compañera de laboratorio es una gran solucionadora de problemas. Su escritorio está junto al mío pero es más limpio y produce más resultados.

Tampoco es gran cosa, dice ella de sus muchas, muchas, publicaciones, y no se toma demasiado en serio, está ocupada pero tampoco tanto, y habla de otras cosas además de hablar de química.



Pienso que su actitud es original pero extraña. Si yo fuera así de dotada, mencionaría como al pasar mis artículos en una conversación. ¿Has leído tal y tal? Porque vale mucho la pena. Las tablas por sí solas son bellas, y están muy bien organizadas.

Yo solo tengo un artículo publicado. Las tablas, ahora que lo pienso, son muy bonitas: claras y con los bordes bien fileteados. Todas con títulos concisos e informativos, como debe ser.

En alguna parte leí que el promedio de lectores de un artículo científico es de 0,6.

Así que hago la lista. Los pros son muchos.

Eric cocina. Prepara unas comidas buenísimas. Me pasa el cepillo de dientes con la pasta dental puesta y a veces incluso me lo pone en la boca. Saca la basura, el reciclaje; riega todas las plantas, porque yo parece que no soy capaz de recordar que son seres vivientes. Estas hojas están como crujientes, dijo cuando volvió de la semana en que estuvo fuera, cuando fue a California a una conferencia con otros químicos jóvenes y consolidados.

También me lleva al laboratorio en auto cuando está demasiado lluvioso para andar en bicicleta. En Boston hay mucha lluvia. A veces la lluvia cae horizontal y te golpea la cara.

También saca a pasear al perro. Tenemos un perro. Eric me lo regaló.

Me doy cuenta de que no tengo nada en contra. Sabía que iba a pasar.

Es una lista a medias, le digo a la compañera de laboratorio al día siguiente, y ella me ofrece comprarme un galletón.



En el laboratorio hay dos cabinas llenas de argón. Allí es donde hago química altamente sensible, del tipo que nunca puede entrar en contacto con el aire. Si se deja entrar el aire las sustancias químicas se incendian. Es también el lugar donde me gustaría meter la cabeza los días en que nada sale bien.

En esos días agrego la cantidad incorrecta de catalizador. O uso el catalizador que no es.

Los catalizadores hacen que las reacciones sean más rápidas. Reducen la energía de activación, que es la indecisión que enfrenta cada reacción antes de decidirse por un camino.

¿De qué sirve este trabajo, a la larga?, me pregunto en la cabina cuando estoy sola. Oficialmente es la sala de solventes, pero yo la llamo la Fortaleza de la Soledad.

Eric ya no está en este laboratorio. Se graduó el año pasado y ahora está en otro. Un doctor en química requiere al menos cinco años para completar su formación. Nos conocimos cuando yo estaba en primer año y él en segundo.

Ahora camino por nuestro departamento y tropiezo con sus cosas: grandes bolsos negros con tambores, ollas de acero y barriles llenos de un líquido marrón que está fermentando. Eric toca la batería y hace cerveza. Un contra es la cantidad de espacio que ocupan estos dos pasatiempos, aunque se ve compensado por la batería, que me gusta escuchar, y la cerveza, que me gusta beber.

Mi lista de pros crece a un ritmo exponencial.

e

Ya antes habíamos hablado de matrimonio. ¿Puedes imaginarte echando raíces, teniendo hijos? ¿Te imaginas formando una familia? Yo no decía que no, pero tampoco que sí.





Hablábamos de eso como despreocupadamente. Cada vez, él pensaba que si me proponía matrimonio en serio yo diría algo diferente.

Al menos ahora todas mis cartas están sobre la mesa, dice. Pero por favor no tardes demasiado en decidirte.

Ha sido un verano de calor insoportable. Recorremos los pasillos del Home Depot buscando un ventilador. Nuestro último ventilador se rompió ayer y se supone que la próxima semana va a ser más cálida aun. Después, el mes que viene, un huracán.

Cuando Eric ve el informe de los huracanes se pregunta si los meteorólogos no estarán tratando de tomarnos el pelo.

¿Por qué harían eso?, pregunto.

Porque es divertido.

Mmm, sí. Un minuto después, me rio.

La paciencia es su mayor virtud. Eric puede hacer cola mucho más tiempo que yo y no piensa un minuto en ello. Mientras sostiene un pesado ventilador le sonrío a la señora mayor que está delante suyo y que justo al momento de pagar la formidable cantidad de pantallas de lámpara que trajo comienza a dudar. Le pide su opinión al cajero. También a Eric. ¿Necesito la magenta? No se molesta en preguntarme a mí porque yo soy la del golpeteo furioso con el pie. La señora mira otras pantallas, las gira, una por una, y al final no compra ninguna.

Le digo a Eric en el auto que si tuviera que imaginar un nuevo infierno no sería distinto de la cola que acabamos de hacer. Excepto porque la mujer nunca se decidiría por una pantalla y la fila no se movería jamás.

¿Te imaginas?, le digo. Es como un castigo peor que empujar esa cosa cuesta arriba.



Una roca, dice Eric.

Me doy cuenta de lo hipócrita que estoy siendo; lo estoy haciendo esperar por una respuesta hace días y aquí me estoy mortificando por una cola de veinticinco minutos.

Ya en casa, Eric arma el ventilador y el perro se vuelve loco.



Nos vamos a vivir juntos. Esto fue hace dos años. No tenemos perro pero lo estamos pensando. ¿De qué tipo?, pregunta Eric. ¿Grande? ¿Chico? No tengo una preferencia. ¿Qué tal si es adorable no más?

Cuando lo trae a casa, oigo la cola, larga y espesa, golpeando el sofá con fuerza. Es un goldendoodle de veinte kilos. Increíblemente adorable. Cuando corre se le caen las orejas. Si nunca lo cepilláramos su pelo seguiría creciendo y se vería como un oso rubio.

El oso rubio ama a la gente y eso es bueno. Entonces descubrimos que le tiene miedo a todo lo demás: al secador de pelo, a una caja vacía, al ventilador.



En mi familia se da el mal temperamento. Es el alelo dominante, como el pelo negro. Eric tiene el pelo rojo. Nuestros amigos nos han preguntado si existe alguna posibilidad de que nuestros hijos lleguen a ser pelirrojos. Los pelirrojos se están extinguiendo, y están preocupados por los hermosos rizos de Eric.

Yo digo que, a menos que Mendel esté completamente equivocado, tendrán mi pelo. Pero, si quieren, pueden soñar. Un bebé asiático con el pelo rojo. Un amigo dice:





Podrían escribir un artículo para *Science* sobre eso y luego postular a plazas de investigadores y más adelante ser profesores titulares.

Eric ya está buscando trabajo en la academia. Quiere enseñar en una universidad que tenga principalmente estudiantes de pregrado.

Porque ellos son el futuro, dice. Deseosos de aprender, con energía, y más o menos felices en comparación con los de posgrado. Con los alumnos de pregrado realmente puedo hacer algo que tenga algún significado.

No lo digo pero lo pienso: Eres la única persona que conozco que habla así. Con tanto entusiasmo, y siempre otorgando el beneficio de la duda.

Por las universidades que le interesan no están en Boston. Están en sitios como Oberlin, Ohio.

Estoy segura de que conseguirá el trabajo que quiera. Su trayectoria profesional es muy coherente, como la de una flecha hacia su objetivo. Si yo tuviera que dibujar mi camino se vería como una partícula de gas revoloteando en el espacio.

La compañera de laboratorio recurre mucho a citas célebres de químicos del pasado. Debes amar la química incluso cuando no está funcionando. Debes amar la química incondicionalmente.

Los amigos que preguntan por los bebés pelirrojos son los que se casaron hace poco o los que se casaron hace poco y tienen un perro. Cada vez que los invitamos a comer, como esta noche, piensan que estamos tratando de contarles que nos comprometimos.

¿Novedades?, dicen.



No todavía, contesto, pero aquí tienen un poco de parmesano recién rallado.

A mis espaldas, sé que son menos amables. Se preguntan: Ya son cuatro años, ¿no? Bromean: Ella solo está con él por la plata.

Ya es un lugar común decir que los alumnos de posgrado hacen poca cosa, y que hay más científicos con doctorados en este país que puestos de trabajo para ellos.

La primera vez que Eric piensa en hacer un doctorado está en la secundaria. Toma una clase de química y saca las mejores notas. Esto ocurre en el oeste de Maryland, en una ciudad con muchas iglesias con campanarios y ningún Starbucks. Año por medio conducimos tres horas desde el aeropuerto de Washington D.C. a través de un desfiladero en las Apalaches y llegamos a un lugar pintoresco donde Eric parece conocer a todo el mundo. Saluda al hombre que está al frente del bar de la herradura, su antiguo profesor de música. Saluda a la mujer en la oficina de correos, que es la madre de un amigo suyo. La cafetería se llama Niners. Siempre hay terrenos agrícolas en venta y molinos en plena actividad.

A veces me pregunto por qué dejó un lugar donde las heladerías se llaman lecherías para trabajar setenta horas semanales en un laboratorio. Él lo atribuye a su profesor de química, que le decía a cada rato: ¿Qué vas a hacer después? Y no me digas que te vas a quedar aquí.



Una creencia entre las madres chinas es que los propios niños escogen sus rasgos en el útero. Los inteligentes trabajan con diligencia para elegir los mejores rasgos. Los





tontos se aturullan fácilmente y se quedan dormidos. Por su flojera, se les asignan los peores rasgos.

O tal vez es solo una creencia de mi madre.

Si hubieras elegido mejor, no habrías acabado con el mal genio de tu padre o con mi mala vista.

No quiero creerlo, pero la idea ha enraizado profundamente en mí. Comparado con el mío, el mal genio de Eric es inexistente.

Jueves, día de la basura. Escogemos las calles equivocadas para ir al centro y conducimos kilómetros detrás de un camión de la basura. Es una calle de una sola vía. También es una calle de una sola pista. Pero él no suspira o se queja, ni una vez. Pone jazz. Escucha, me dice. Pero todo lo que oigo es el avance y las paradas del camión, el trajín de levantar y tirar la basura, el rechinar metálico de los contenedores. Estoy tan frustrada que después del primer tema me inclino y toco la bocina. Luego, por la ventana le grito al camión: Perdone, ¿nos va a dejar pasar?



Mi profesor guía me visita en mi escritorio, se sienta, junta las manos y pregunta: ¿Dónde te ves con tu proyecto en cinco años?

¿Cinco años?, digo incrédula. Esperaría estar graduada para entonces, y trabajando en el mundo real.

De acuerdo, dice. En ese caso tal vez es hora de empezar un nuevo proyecto, uno más acorde a tus capacidades.

Y me deja ahí.

El deseo de arrojarle algo a la cabeza no desaparece jamás. Dependiendo de lo que diga, puede ser el computador o el escritorio.

